

“¿Qué buscáis?” – “¿Dónde vives?” – “Venid y lo veréis” (Jn 1,38.39)

Necesidad de convocar.

EL JESÚS DEL CUARTO EVANGELIO COMO MODELO

Después del Aguinaldo del año pasado sobre la urgencia de evangelizar, “me ha parecido lo más lógico y natural apelar encarecidamente a toda la Familia Salesiana a sentir, junto a nosotros, salesianos, la necesidad de convocar”¹. De hecho, los salesianos “hoy sentimos, más fuerte que nunca, el desafío de crear una cultura vocacional en todos los ambientes, de modo que los jóvenes descubran la vida como llamada, y que toda la pastoral salesiana sea realmente vocacional... Como Don Bosco estamos llamados a estimular a los jóvenes a ser apóstoles de sus compañeros, a asumir diversas formas de servicio eclesial y social, a comprometerse en proyectos misioneros. Para favorecer una opción vocacional de compromiso apostólico, se deberá proponer a dichos jóvenes una vida espiritual más intensa y un acompañamiento personal sistemático”²

Que evangelización y seguimiento sean elementos inseparables no es solo una acertada estrategia vocacional, sino más bien un dato típico de la praxis misionera de Jesús. “Es un hecho histórico, confirmado por los cuatro evangelistas, que, desde el inicio de su actuación evangelizadora (cf. Mc 1,14-15), Jesús invitó a algunos a seguirlo (cf. Mc 1,16-20; Mt 4,18-19; Lc 5,10-11; Jn 1,35-39). Estos primeros discípulos se convirtieron así en “compañeros durante todo el tiempo que el Señor Jesús estuvo con nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue elevado a los cielos” (Hch 1,21-22)”³

Los cuatro evangelios concuerdan, es cierto, en presentar a Jesús siempre acompañado de seguidores, mientras estaba predicando el evangelio; pero divergen cuando narran como, en concreto, tuvo efecto la invitación de Jesús a seguirlo: los sinópticos (Mc 1,16-20; Mt 4,18-22; Lc 5,1-11) y Juan (Jn 1,35-51) ofrecen sendas crónicas de las primeras vocaciones tan inconciliables entre sí, que no parecen reflejar un mismo suceso.

En su Aguinaldo, el Rector Mayor ha preferido el relato de Juan; y nos dice por qué: “la vocación de los primeros discípulos según el cuarto evangelio es fruto de un encuentro personal que suscita en ellos una atracción, un fascinación que transforma sus mentes y, en especial, sus corazones [...]. Esta experiencia los vincula de tal forma a la persona de Jesús que lo siguen con entusiasmo y comunican a otros su propia vivencia invitándoles a hacerla propia encontrándose ellos personalmente con Jesús”⁴. Mi reflexión no tiene otro objetivo que el de *fundamentar estas afirmaciones y*, en lo posible, *explicarlas*, releyendo de nuevo el relato de Juan.

¹ Pascual CHÁVEZ, “Venite e vedrete” (Jn 1,39). *La necessità di convocare*, Strenna 2011, Roma, Tip. Vaticana, 2010, 3.

² CG26, *Da mihi animas, cetera tolle*, Roma, 2008, n. 53: “Vocazioni all’impegno apostolico”, 48.

³ P. CHÁVEZ, “Venite e vedrete”, 4.

⁴ P. CHÁVEZ, “Venite e vedrete”, 4-5.

1. EL RELATO DEL CUARTO EVANGELIO

Narrando el encuentro de Jesús con los primeros discípulos, Juan subraya, es cierto, la capacidad de atracción, de seducción diría, de quien Jesús encuentra en el camino y la rapidez con que éstos se convierten en seguidores. Releída con atención, la crónica es tan sugerente como bien articulada. Como los sinópticos (Mc 1,2-8; Mt 3,1-12; Lc 3,15-17), Juan abre la historia del ministerio de Jesús junto al Bautista (Jn 1,29-38; cf. Hch 10,37); y aunque omite el bautismo de Jesús (Mc 1,9-11) y el episodio de las tentaciones (Mc 1,12-13), recuerda que *la institución del discipulado es la primera actuación histórica de Jesús de Nazaret*.

El cuarto evangelio, con todo, sitúa la llamada de los primeros discípulos en un escenario muy diferente, magistralmente planificado y de gran alcance. Más que en contar los inicios del discipulado, el evangelista está interesado en presentar a Jesús, a través del testimonio del Bautista (Jn 1,19-34), el encuentro con los primeros seguidores (Jn 1,35-41) y la primera manifestación del mismo Jesús en Caná (Jn 2,1-12). Geográficamente, el relato queda situado en dos regiones, en Betania, al otro lado del Jordán (Jn 1,28) y luego, en Caná en Galilea (Jn 1,43; 2,1.11.12). Temporalmente, está organizado en jornadas (Jn 1,29.35.43; 2,1).

En una sola semana, efectivamente, Jesús sale del anonimato, siendo proclamado por el Bautista “el cordero de Dios” (Jn 1,29), lo que inicia un camino en el que los discípulos pasan de la curiosidad (Jn 1,38) a la fe en Jesús (Jn 2,11)⁵. Juan, por tanto, presenta *la convocatoria de los primeros discípulos como parte integrante, y previa, de la manifestación de la gloria de Jesús*. La historia que se inicia con la invitación de Jesús (Jn 1,39) acabará cuando Jesús, inaugurando su obra taumatúrgica, manifieste su gloria y los discípulos crean en él (Jn 2,11).

Jesús en Juan no llama a sus primeros discípulos con un potente “sígueme” (Mc 1,17), atrae hacia sí a alguno sin pronunciar una sola palabra, respondiendo mas bien a su preguntas. En Juan Jesús no invita al seguimiento después de haber anunciado el reino de Dios y la urgente conversión (Mc 1,14-15), es seguido tras haber sido identificado como “cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29). En Juan Jesús no elige dos pares de hermanos que ha visto trabajar juntos en las redes, sino que es buscado por unos discípulos del Bautista que rivalizarán después en llevarle hermanos o amigos para que lo conozcan. En Juan Jesús no conduce a sus primeros seguidores a Cafarnaún para hacerlos espectadores, un sábado, de su enseñanza en la sinagoga (Mc 1,21), sino que los hace participar, en Caná, en un banquete de bodas al que había sido invitado (Jn 2,2).

⁵ El primer día, el Bautista da testimonio de su misión (Jn 1,19-28) ante gente venida de Jerusalén, enviados de las autoridades o fariseos (Jn 1,19.24). El segundo, testimonia ante el pueblo a favor de Jesús, que aparece entonces por vez primera en el evangelio (Jn 1,29-34). El tercer día, el Bautista vuelve a testimoniar, esta vez delante de dos discípulos, provocando así el flujo de personas que lo buscan (Jn 1,35-42). El cuarto, es Jesús mismo quien se manifiesta por vez primera a quien lo acompaña (Jn 1,43-51): la acumulación de testimonios ha culminado con la primera revelación de Jesús (Jn 2,11). Poco a poco el auditorio se va reduciendo; Jesús se da a conocer sólo a quien le sigue. Es lo que ocurrió, el séptimo día, en Caná de Galilea (Jn 2,1).

Pero más que subrayar aquí las divergencias entre el relato sinóptico y el joánico, por relevantes que sean⁶, interesa recuperar el *modelo de convocatoria* que emerge del relato de Juan, es decir, cómo se imagina, en concreto, el cuarto evangelio – cómo nos lo cuenta – la esencia, el modo de realización y el motivo de la primera llamada de Jesús. Así se podrá aprender de él cómo hacer hoy discípulos, qué hacer para dar con ellos, cómo acompañarlos en el camino y, sobre todo, hacia dónde llevarlos.

El testigo, lo primero (Jn 1,19-34)

Fiel a la tradición, Juan abre su evangelio con la figura del Bautista. Llama la atención, con todo, que reduzca su función a la de simple testigo – el primero de una larga serie – de Jesús. De hecho, parece que lo menciona sólo para que sea interrogado por los judíos (Jn 1,19.22.25), que en el evangelio representan el mundo hostil al enviado de Dios (Jn 2,18; 5,10-18; 7,1.13; 9,22). El Bautista se ve, por así decir, obligado a dar testimonio sobre Jesús y sobre su misión (Jn 1,20-21.23.26-27; cf. 1,6-8), definiéndose a continuación como subordinado a Jesús, antes incluso de que aparezca en escena.

Una pregunta directa (Jn 1,19: *tu, ¿quién eres?*) introduce su testimonio. Es el inicio de un interrogatorio promovido por las autoridades religiosas de Jerusalén. Lo que sobre sí dice el Bautista no puede ser más negativo (Jn 1,6-8.8.15): no es el mesías (cf. 2 Sam 7), ni Elías (cf. Mal 3,1-3.23; Mc 9,11-13; Mt 11,14; 17,12-13), ni el profeta esperado (Jn 1,21; cf. Dn 18,15; 1 Mac 14,41). No se puede identificar ni con el mesías ni con profeta alguno, pues el cuarto evangelio reserva esos títulos a Jesús. No queda tan claro por qué niega ser Elías, ya que su aspecto recuerda el del profeta (Mal 3,1-2; cf. Mc 1,2; Mt 17,11-13). El caso es que su misión, reconoce, no consiste en cumplir las expectativas judías, sino sólo en gritarlas; no las satisface, las amplifica; su actuación no anticipa el juicio, lo declara cercano (cf. Is 40,3).

En cuanto testigo, el Bautista se presenta, meramente, como la *voz de uno que grita en el desierto* (Jn 1,23), una voz, no la Palabra (Jn 1,1): prepara la salvación, anunciando su proximidad (Is 40,3). El Bautista no concentra la atención sobre sí, sino sobre quien ha de venir tras él. Su ministerio cumple la profecía, no porque sea el esperado, sino porque prepara el camino por el que ha de llegar.

La triple negación justifica una ulterior pregunta, esta vez hecha por fariseos, sobre su praxis: *¿por qué, entonces, bautizas?* (Jn 1,24). Del interesarse en su persona los inquisidores pasan a pedir explicaciones sobre su actuación. De hecho, de ninguna de las figuras aludidas se esperaba que bautizaran. El responde que su bautismo es con agua; no ha llegado aún la salvación, pero señala su presencia: el que está por llegar está *ya en medio de vosotros*, y no lo conocéis (Jn 1,26). Sin aún identificarlo, se declara inferior a él, ya que no se considera digno de prestar *al que ha de venir* (Mt 3,1) ni el más

⁶ La escena que narra el nacimiento del grupo de Jesús (Jn 1,35-51) ha sido vista, a menudo, en línea con los relatos sinópticos de vocación (Mc 1,16-20; Mt 4,18-22; Lc 5,1-11). Pero las diferencias son tan notables que no parece que Juan ofrezca una crónica de algunas invitaciones al seguimiento. El lugar no es el mismo; no coinciden las personas que son llamadas, ni el motivo que desencadena la invitación, el mandato de Jesús. Aunque aparece en el relato (Jn 1,43: *sígueme*), sólo se dirige a uno de los llamados. En los sinópticos, además, el episodio de la vocación ocurre tras el encarcelamiento del Bautista y Jesús encuentra a sus elegidos enfrascados en su trabajo cotidiano, que dejarán de inmediato.

humilde de los servicios (Jn 1,27). Su testimonio tiene rango notarial con la mención del lugar: Betania (Jn 1,28; cf. 6,59; 8,20), al otro lado del Jordán (Jn 3,26).

El día siguiente (Jn 1,29), Juan Bautista ve a *Jesús que pasa por allí* (Jn 1,35) y repite su testimonio, esta vez, ante *dos de sus discípulos*. La declaración, que no ha sido esta vez, provocada por los inquisidores, ha ido precedida de una revelación personal. El Bautista no se ha visto obligado a testificar, ha sido agraciado con una visión. Juan es testigo de Jesús porque *ha visto* (Jn 1,32.33.34): identifica a Jesús mientras viene a su encuentro, caminando desde Dios hasta el mundo de los hombres. Al Bautista le ha bastado ver venir a Jesús para reconocerlo como *cordero de Dios*⁷, declarándolo superior a el y anterior; más aún, pone su misión personal al servicio de la revelación personal de Jesús (Jn 1,30-32)⁸.

Es evidente que hay una intención apologética en esta escenificación. Juan ha cumplido su misión (Jn 1,31): ha dicho lo que ha visto (Jn 1,34) y cuanto le había sido revelado; ha hecho aquello para lo que había sido enviado (Jn 1,33). Apenas manifiesta la identidad oculta del que viene, mediante el testimonio claro, se ha de ocultar: de ahora en adelante le toca “disminuir” (Jn 3,20). La voz debe dejar el mundo a la Palabra.

Después, los primeros seguidores (Jn 1,35-51)

Apenas identificado como *cordero de Dios*, y sólo por ello, Jesús descubre que es seguido: “dos discípulos del Bautista, oyéndolo, siguieron a Jesús” (Jn1, 38). La vocación de los dos primeros discípulos, en el cuarto evangelio, es consecuencia directa del testimonio del Bautista⁹. Inicia así un camino de fe, la aventura de unos hombres que buscan descubrir el misterio personal de Jesús, cuya narración que ocupa, también aquí, dos jornadas (Jn 1, 35-42.43-51) y pasa por diversas etapas: el testimonio cualificado a favor de Jesús (Jn 1,36.41.45), el encuentro con él (Jn 1,39.42.43.46.49) y la confesión de fe (Jn 1,41.45.49)

Jesús esta de paso, sin que sepamos hacia donde va, ni de donde viene. Juan lo ve y lo proclama, por segunda vez, *cordero de Dios*. Dos discípulos del Bautista se hacen seguidores de Jesús. “Viendo que le seguían”, se vuelve hacia ellos y les pregunta: “¿qué estáis buscando?” (Jn 1,38): el seguimiento es, en primer lugar, una búsqueda que nace de la presentación de Jesús como salvador. ¡Los primeros compañeros de Jesús alimentaron su búsqueda con pequeñas expectativas, más banales, incluso, que la que los judíos tuvieron ante el Bautista (Jn 1,19-28): sólo porque andaban curioseando (Jn 1,38: “¿dónde vives?”), fueron invitados a convivir (Jn 1,39: “venid y veréis”); pero sólo a

⁷ Pude aludir al *cordero pascual* (Jn 19,36; cf. Ex 12,46; 1 Jn 1,7; 1 Pe 1,19), lo mismo que a los corderos que se sacrificaban diariamente en el templo (cf. Nm 28,3-4), o puede ser imagen del siervo de Yahvé (cf. Is 42,1-4; 53,11-12).

⁸ *Cordero de Dios*, el primer título que recibe Jesús en el evangelio (Jn 1,29, solo en Jn 1,36 volverá a ser utilizado), no resulta fácil de comprender. Aplicado a una persona no encuentra precedente en la Biblia. Una cosa es segura: Jesús que pasa pertenece a Dios y tiene como misión eliminar el pecado; lleva la santidad y la liberación sin imposiciones; su sola presencia es anuncio de salvación, puesto que la realiza liberando los creyentes de su oposición a Dios, que es el pecado del mundo.

⁹ Esta presentación, única en la tradición evangélica, puede que refleje bien los orígenes históricos de la comunidad joánica, algunos de cuyos miembros habrían sido discípulos de Juan el Bautista.

quien convive, se le concederá mayores revelaciones (Jn 1,50: *verás cosas mucho más grandes que éstas*). Los seguidores de Jesús no se convertirán en creyentes en él hasta que llegue su ‘hora’ (Jn 2,11). No se llega a ser discípulo de repente, sino por etapas.

La *primera etapa* corresponde al primer encuentro con Jesús de dos discípulos que, en un primer momento, no “tienen nombre” (Jn 1, 35.37.40) y que, al parecer, tampoco tienen buenos motivos para seguirlo. Si bien habían escuchado al Bautista anunciarlo como “el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29-36), cuando Jesús les interroga sobre sus intenciones, no responde más que preguntando dónde vive. ¡Que poco, modestos además, motivos para permanecer con Jesús! ¡Y éstos fueron los primeros seguidores!

Hay algo en el texto que hace pensar: estos dos discípulos tenían ya un maestro, el Bautista, quien, precisamente, que acababa de identificar al esperado cuando les venía al encuentro. Fue Juan quien les llamó la atención sobre el desconocido *cordero de Dios*, pero será Jesús, con su invitación a permanecer con él *aquel día*, quien iniciará el camino del discipulado: tenían un maestro, que abandonaron para quedarse un día con otro (Jn 1,39). Además, y sobre todo, Jesús se volvió a ellos y ‘con-versó’ con ellos, los miró y les habló: fue el quien les propuso “venir y ver”

La conversación que se entabla es, en apariencia, normal; el encuentro parece casual. Estos hombres que se acercan a Jesús serán sus discípulos (Jn 1,40.43; 10,4.27; 13,36-38, 21,19.22), pero vinieron a él con esperanzas previas y con diversos motivos personales (sólo Felipe fue llamado por Jesús: Jn 1,43; cf. 1,42.45), ignorando totalmente la misión de Jesús, sólo curiosos por su persona, buscando saber algo sobre él (Jn 1,38.46). En cualquier caso, ha sido Jesús, quien tomando la iniciativa, no con una orden sino con una pregunta (Jn 1,38: *¿qué buscáis?*) y una invitación (Jn 1,39: *venid y veréis*). En su compañía comienzan un largo camino: deberán seguirlo, ver y permanecer con él (Jn 1,39 [42], 47.50); quien lo siga donde vaya, llegará a la (Jn 2,11).

Hay que advertir que no se dice ‘dónde’ habitaba Jesús; no es importante el lugar donde mora, sino *estar con él* cualquiera que sea el lugar. Es, en efecto, el permanecer junto a Jesús lo que hace posible la formación de un grupo de apóstoles. Permanecer fiel y silenciosamente con él es, para el cuarto evangelio, la esencia del apostolado: quien vive con Jesús sus misma forma de vida recibirá, lógicamente, sus confidencias; quien no se aleja jamás del maestro (cf. Jn 6,60-71), no lo abandonará fácilmente (cf. Jn 19, 25-27).

El Jesús que estos discípulos encontraron superó todas sus expectativas e, incluso, la profecía del Bautista. Los dos primeros, que querían sólo saber dónde habitaba (Jn 1,38), se quedaron con él *aquel día* (Jn 1,39). En este primer episodio Juan describe el modelo de encuentro con Jesús que está al origen del discipulado. No nace, bien mirado, un discípulo, sino una comunidad, la de aquellos que están donde está Jesús, la que contemplará su gloria. Tanta es la importancia del momento que el cronista anota la hora exacta: era *la décima hora*, las cuatro de la tarde.

Encontrarse con Jesús no produce siempre los mismos efectos. La segunda etapa (Jn 1,40-42) lo narra gráficamente: mientras un discípulo, sin nombre, permanece con Jesús¹⁰, el otro, identificado ahora como Andrés, marcha en búsqueda de su hermano, que aún no conoce a Jesús. El caso es que con una tan pequeña familiaridad – ¡apenas un día de convivencia (Jn 1,39)! – Andrés se convierte en propagandista entusiasmado: tal es el

¹⁰ Se podría pensar que, en el anonimato de ese primer discípulo que no se separa de Jesús y prefiere la convivencia al proselitismo, se esconda la figura del discípulo ‘amado’, que acompañará a Jesús siempre sin jamás negarlo (Jn 18,15; 19,26) y que lo reconocerá vivo y creará en él junto a la tumba (Jn 20,8).

efecto de una breve permanencia. Haberse quedado con Jesús llega a Andrés al encuentro con su hermano con la intención de convertirlo en discípulo; el contacto con Jesús lo ha hecho creyente (Jn 1,41) e la fe lo convierte al proselitismo: “Hemos encontrado al mesías”. Aunque habla sólo él, narra su experiencia común e intenta, así, crear de nuevo comunidad. Andrés no había ido solo a Jesús y no podía volver solo a él, por lo que lleva a su hermano. Así debe ser el testimonio que nace de la convivencia: los que han sido conquistados por Jesús deben procurar ganar para él a sus hermanos

No puede sorprender que resulte singular el encuentro de Pedro con Jesús. Pedro no ha ido a Jesús por que lo desee, sino porque lo desea su hermano; no dice una sola palabra ante Jesús, ni éste lo llama a seguirlo. Jesús se limita a mirarlo fijamente y le cambia el nombre. Jesús, que conoce a los hombres (Jn 1,42; 2,25), predice que Simón será conocido con el nombre de ‘piedra’ y en su rol de ‘roca’ por sus futuros discípulos¹¹.

En la tradición evangélica Simón Pedro se distingue tanto por la adhesión personal, espontánea y sincera, a Jesús, como por su incapacidad para comprender al maestro y su oposición a los planes de Dios sobre él. *No se es discípulo solo entusiasmándose, una vez o muchas, con Jesús, sino a través de la convivencia diaria, llena de monotonía y fatiga. Un discípulo se autentifica no tanto participando en los triunfos del maestro, sino aceptando su destino moral: cuando Pedro logre comprenderlo, tras promesas y negaciones, amores y traición, se convertirá en “pastor” y “roca” para los demás (Jn 21,15-19)*¹². El discípulo que no haya pecado contra su propio maestro no está capacitado para representarlo en su ausencia; la fortaleza de Pedro no provino de su capacidad para amar a Jesús, sino de su certeza de ser por él amado. Estamos fundados en la “roca” que traicionó al Señor y que se sobrepuso con lágrimas y arrepentimiento, sin acudir al suicidio como el otro discípulo traidor, el “hijo de la perdición”. Jesús pudo llamar también a traidores a presidir su comunidad de creyentes.

La *tercera etapa* se desarrolla “un día después”, el cuarto (Jn 1,43), con otros actores, en otros lugares y circunstancias (Jn 1,43-50). Caminando hacia Galilea, Jesús encuentra a Felipe, paisano de Andrés y Pedro, sus apenas ganados discípulos, y lo llama a seguirlo, sin que diga o haga nada. Su voz es, esta vez, imperiosa: cuando habla, ordena; no deja espacio más que a la obediencia. El discípulo se transforma enseguida en predicador: “Hemos encontrado a aquel de quien han escrito.. (Jn 1,45). Portavoz de una experiencia común, Felipe invita a

¹¹ Un detalle que no hay que pasar por alto es que sea el primer discípulo de quien conocemos el nombre quien confiesa a Jesús como *mesías* antes de presentárselo a su hermano Simón. Llama la atención, en efecto, que la primera profesión de mesianismo, que en los sinópticos se sitúa mediado el período del ministerio público de Jesús, sea colocada por Jn al inicio (Jn 1,41; cf. 20,31). Sin que se haya mencionado iniciativa alguna del recién llegado, Jesús, fijándose en él, le cambia de nombre y de identidad, en una especie de escena de investidura; lo conoce personalmente: *tu eres Simón, y fija su porvenir, te llamarás Cefa, que quiere decir Pedro* (Jn 1,42, cf. 21,19-22; Mt 16,18-19).

¹² Quizá a ningún otro discípulo como a Pedro le costó tanto la invitación de Jesús: «Sígueme» (Jn 21,19). *Ninguno pasó por un tirocinio tan duro* como el de Simón, ningún fue puesto a prueba como él, ninguno cometió tantos errores; ninguno, tan generoso y tan débil. Ninguno recibió la llamada después de tanta espera; ninguno tuvo que superar el oír públicamente cuestionado su amor a Jesús y repetida la humillante pregunta de si lo amaba más que todos los demás. Quizá fuese por ello que estamos fundados en esta “piedra”. El ejemplo de Pedro no puede pasar sin hacer sentir el peso de la propia debilidad: para llegar a ser fundamento de la comunidad de Jesús no fue obstáculo ni las equivocaciones ni la traición, ni la incomprensión ni la dureza de Pedro; bastó con amar con preferencia, sobresalir en fidelidad recuperada con lágrimas y una pública protesta de amor. Quien está llamada a presidir la comunidad, no ha de tener un pasado de pecado, sólo ha de preguntarse si ama suficientemente a su Señor, es decir, si lo ama como ningún otro.

su vez a Natanael (*don de Dios*, oriundo de Cana, cf. Jn 21,2) a que conozca a Jesús, el hijo de José de Nazaret (Jn 6,42) y, más importante, a que lo reconozca como aquel que ha sido anunciado en la (Jn 1,45; cf. 5,39.45-47). Los orígenes humildes de Jesús, su patria y su familia, son un primer obstáculo para la fe (Jn 1,46). Para superarlo, Felipe recurre a las mismas palabras de Jesús (!), invitándole a hacer experiencia: la incredulidad debe ser vencida aproximándose y conviviendo con Jesús (Jn 1,46: *ven y verás*).

Saber sobre Jesús, la insignificancia de sus orígenes y de su familia, impide a Natanael la fe: es preciso que “vaya y vea” en persona. Pero no será Natanael el primero en ver; supera su inicial desconfianza, tras saber que era ya conocido y apreciado por Jesús (Jn 1,47) antes incluso de que Felipe lo animase a encontrarse con el galileo (Jn 1,46). Cuando lo que Jesús piensa sobre él – que es un auténtico israelita, sin engaño (Jn 1,46) – superará sus prejuicios. Jesús añade un detalle – *lo ha visto bajo una higuera* – cuyo sentido permanece oscuro para el lector, pero que es suficiente para el interlocutor, quien irrumpe en una entusiasta confesión.

Cuando el testimonio recibido no es creíble aún, cuando el saber de oídas no lleva a la fe, cuando ni el entusiasmo del amigo Felipe suscita entusiasmo, no queda otro camino que ir directamente a Jesús. Quien se acerque a él, se verá, para su sorpresa, contemplado, descubierto su pasado y su interior (Jn 1,47-48). *Antes de empezar a apreciar a Jesús, el seguidor se sabe estimado y valorado por él*. No le es posible resistirse; sus objeciones se transformarán en la mejor confesión de fe: “*eres tu el hijo de Dios, tu eres el rey de Israel*” (Jn 1,50). Y es que no se hace difícil amar a aquel del cual, inesperadamente, uno se descubre amado; y no cuesta tanto aprender de quien tan bien, y tanto, nos conoce. Natanael se confía a quien tenía de él una tan buena opinión: sólo Dios puede conocernos tan bien y valorarnos tanto (cf. Os 9,10).

Pero esta fe inicial, mesiánica, que nace de pruebas que se ven (de un *haber sido visto, conocido y apreciado* antes de ser encontrado) deberá llegar – no ha llegado el momento aún – a ser una fe que no necesita de soporte sensible; cuando crean sin haber visto ni palpado, los discípulos habrán llegado a la fe verdadera y a la felicidad auténtica (Jn 20,29).

Es así como quien encuentra a Jesús se convierte en seguidor y así, tras un largo camino de fe, lleva a ser su testigo mediante su propia confesión de fe: los dos primeros lo llamaron *maestro* (Jn 1,38), Andrés lo proclamó *mesías* (Jn 1,41), Felipe lo identificó con el esperado, *aquél de quien Moisés había escrito en la ley* (Jn 1,45; cf. 5,39.46; 6,45; 12,16.41) y Natanael cierra la serie confesándolo *maestro, hijo de Dios, re de Israel* (Jn 1,49). De este modo, cada uno de los testigos se expresa de forma personalísima y progresiva, hasta llegar a proclamar, como hizo el Bautista, que Jesús es *Hijo de Dios* (Jn 1,34). El testimonio del Bautista ha sido aceptado por aquellos que se encontraron con Jesús y se dedicaron a hacer proselitismo.

El progresivo descubrimiento de la dignidad de Jesús prepara y culmina su autorrevelación, la primera en el evangelio. A los títulos mesiánicos acumulados por otros, Jesús añade, y de forma muy solemne (Jn 1,51: *en verdad, en verdad os digo*; 5,19.24.25; 6,26.32.47.53; 8,34.51.58; 10,1.7; 12,24; 13,16.20.21; 14,12; 16,20.23), la expresión *hijo del hombre*¹³ y una velada promesa, dirigida a todo el grupo (*vosotros*, cf. Jn 1,14.16-18): les falta aún por ver cosas más grandes (Jn 1,50; cf. 5,20). A quienes

¹³ *Hijo del hombre*, en la tradición sinóptica, aparece sólo en boca de Jesús. Jn lo utiliza como autorrevelación de Jesús (Jn 1,51; 3,13-14; 5,27; 6,27.53.62; 8,28; 9,35; 12,23.24; 13,31; 19,5). Aunque aquí el sentido no sea claro, el título parece referirse a la función, que Jesús lleva adelante, de hacer presente a Dios (cf. Gn 28,12.16-17).

les ha sido concedida una fe inicial en Jesús les será dado verlo como el lugar de Dios en la tierra; quien lo ha encontrado, se ha encontrado la nueva “casa de Dios” (cf. Gn 28,16): donde mora Jesús, habita Dios. Sus discípulos podrán así realizar el viejo sueño del patriarca Jacob. En Jesús Dios es accesible; donde él esté, el cielo queda abierto y es posible llegar a Dios: Jesús es *Bet-El*: Dios no tiene su hogar en un lugar, sino en una persona concreta.

Por último, la fiesta y la fe en familia (Jn 2,1-12)

A la solemne promesa de Jesús, que concluye la crónica de los inicios del discipulado, sigue el episodio de las bodas en Caná, “tres días después” (Jn 2,1), cuando los discípulos por vez primera se hicieron creyentes en Jesús y miembros de su familia (Jn 2,11-12).

La participación en una fiesta rural de Jesús y sus discípulos, tras habérseles declarado *casa de Dios* (Jn 1,51), resulta, por lo menos, bastante inesperada. Sucinta, ateniéndose a los hechos, la narración se centra en un episodio banal: proveer de más vino a cuantos habían tenido ya suficiente. Sin embargo, no se concluye sin cierta solemnidad: aquí inicia el ministerio de Jesús; expresado en lenguaje joánico, Jesús *dio inicio a sus milagros y al camino de fe de sus discípulos*.¹⁴

A discípulos del Bautista – y tales eran los que acompañaban a Jesús en Caná (Jn 1,35-37) – tuvo que, cuando menos, desconcertar ser llevados a participar en una boda, como primer paso. Juan Bautista era un asceta que no comía ni bebía (cf. Mt 11,18); Jesús, en cambio, comienza su ministerio llevando a sus primerizos seguidores a una boda, donde “estaba ya ahí la madre de Jesús” (Jn 2,1). ¿No resulta chocante que la primera vez que María aparezca en el cuarto evangelio esté participando de un banquete nupcial? Celebrar el amor humano reunió, por vez primera, Jesús, sus discípulos y María: ¡bonita forma de iniciarse como seguidor de Jesús, con María y en una boda!¹⁵. ¿No es significativo que María estuviera en la fiesta, antes que Jesús?

Pues bien, da que pensar que sea, precisamente, la madre de Jesús quien se percata, al parecer la única en la fiesta, de que escasea el vino. Se trata de una observación inesperada y desagradable (cf. Jn 11,3). Notificándosela al hijo, ni pide explícitamente que intervenga. Más bien, María señala la amenaza que se cierne sobre la fiesta y sus protagonistas¹⁶. La respuesta de Jesús, aunque no muy clara,

¹⁴ Todo el relato transpira un fina ironía, tan típica del cuarto evangelio. Diciendo que en una fiesta faltó el vino (Jn 2,3) o que se solía conservar el de pero calidad para el final (Jn 2,10), los anfitriones no quedan muy bien por cierto; se las arreglaron para acumular agua para las purificaciones rituales, pero no lograron almacenar vino suficiente para asegurar la alegría de la fiesta. El milagro, y la fe de los discípulos, ocurrió en el séptimo día del ministerio de Jesús (Jn 2,1).

¹⁵ La contraposición *amigo del novio* vs. *novio* (Mc 2,18-20) o *ayuno* vs. *banquete* (Mt 11,18-19) sirvió a la comunidad cristiana para manifestar la relación, y marcar las distancias, entre el Bautista y Jesús. El símbolo del banquete es elemento típico en la representación de los tiempos mesiánicos, sea en el judaísmo como en el primer cristianismo

¹⁶ Si en la escasez del vino se quiere ver un sentido simbólico, podría indicar que aún no se han dado todas las condiciones para la realización de los tiempos mesiánicos; por eso la alegría compartida (cf. Ct 1,2; 5,1; 7,10; 8,2) se encuentra amenazada (cf. Is 25,6; 62,5-9; Os 2,21-24).

es central para entender el sentido último de lo ocurrido. Que María, ya presentada como madre (Jn 2,1), sea llamada por su hijo “mujer” (Jn 4,21; 8,10; 19,26; 20,13), causa sorpresa, cuando no extrañeza. Sin ser irrespetuoso ni faltarle al respeto, Jesús parece no reconocer su relación filial. Pero la formulación que añade, *¿qué hay entre ti y mi?*¹⁷, tiene un matiz ciertamente negativo; indica que media entre ambos una profunda divergencia de propósitos. No es señal de hostilidad, prueba, eso sí, un diferente visión de la situación: la ‘mujer’ se mueve a nivel del tiempo presente, la celebración nupcial, un nivel que no preocupa demasiado a Jesús, sólo interesado en su ‘hora’, que aún no ha llegado (Jn 2,4; 19,27)

Con su súplica María se queda donde está, participando en la fiesta de sus compaisanos; desea ahorrar la vergüenza a una familia novel. En su respuesta, Jesús sitúa el deseo de su madre dentro del plan de Dios; la invita, pues, a entrar en ese proyecto sin anticiparlo; por eso, y sin decirlo explícitamente, pide fe. Y esa es, precisamente, la reacción de María, de absoluta confianza¹⁸. E invita a los domésticos (siervos, no esclavos, cf. Jn 15,14) que hagan cuanto les diga (Jn 2,5), no obstante la desabrida respuesta del hijo. La fe, hecha de confianza, de María en Jesús, aunque sea intempestiva, y la lógica total disponibilidad de los sirvientes, logran que Jesús acepte anticipar la alegría mesiánica, prefigurándola con su gesto.

La señal fue el cambio del agua abundante en el mejor de los vinos mejor. La cantidad impresionante de agua y la alegría que asegura, al ser convertida en vino, hace recaer la atención en Jesús, quien, por ofrecer el vino en la fiesta, realiza el papel que corresponde de ordinario al esposo (cf Mt 15,1-13). La calidad del vino y su abundancia hacen pensar en los tiempos mesiánicos¹⁹. No habrá que olvidar, con todo, que un milagro tan útil..., mientras duró el nuevo vino, ha servido para anticipar la manifestación de Jesús y precipitar la fe de sus discípulos .

El portento, a decir verdad, más que narrado viene aludido. Mientras el responsable de la fiesta ignora lo sucedido, los servidores conocen el origen del vino mejor (Jn 2,9)²⁰. El reproche que el encargado hace al joven esposo sirve como constatación del milagro realizado, al tiempo que deja ver que quien lo ha procurado es el auténtico esposo de la verdadera fiesta (Jn 2,10; cf. Mc 2,19.22). Así será proclamado, poco después, por el Bautista (Jn 3,29). Y en lo ocurrido los discípulos terminaron por ver su gloria (Jn 2,11).

Jesús se ha revelado a sus seguidores en la intimidad de una fiesta familiar, entre amigos y familiares, en un oscuro pueblo de Galilea, entre personas modestas y una servidumbre que obedece a Jesús sin conocerlo siquiera... y con su madre, que supo de la escasez del vino y de lo necesario que era su hijo para salvar la situación. Así de simples fueron los orígenes del primer grupo de creyentes.

¹⁷ Traducción literal de *mah li welak* (Jue 11,12; 2 Sam 16,10; 19,23; 1 Re 17,18; 2 Re 3,13; Os 4,17; 2 Cro 35,21).

¹⁸ Cf. Ex 19,8; 24,3.7; y no tanto Gn 41,55.

¹⁹ Las aguas preparadas para la purificación de los judíos (Jn 2,6; cf. Lv 11,16) si mutaron, gracias a Jesús, en buen vino, elemento integrante de las expectativas mesiánicas (cf. Am 9,13; Jl 4,18; Os 14,8). El don del cambio, como cualquier don mesiánico, es sobreabundante: los invitados podrán gozar de unos 600 litros del vino bueno, “que alegra el corazón del hombre” (Sal 104,15; Eccl 10,19).

²⁰ Pregungarse *de dónde viene* significa, en el cuarto evangelio, indagar la identidad de Jesús (Jn 7,27.28; 8,14; 9,29.30; 19,9) y/o de sus dones (Jn 3,8; 4,11; 6,5). Conocer el origen del don lleva a reconocer al donante.

2. JESÚS, MAESTRO DE CONVOCAR DISCÍPULOS

“¿Qué buscáis?” (Jn 1,38) es la primera palabra que Jesús, Palabra de Dios, dirige a los hombres en el cuarto evangelio. Es una pregunta que hace a aquellos dos que ya lo seguían (Jn 1,37). No fue, pues, su llamada imperativa lo que estuvo al origen del discipulado (cf. Mc 1,17; Mt 4,19). Esos dos que le seguían, antes de ser interpelados por Jesús, habían escuchado “un día antes” (Jn 1,29) el testimonio de su maestro, el Bautista, quien, fijando la mirada en Jesús, la repetiría “el día siguiente (Jn 1,35). Es decir, antes de ser invitados por Jesús a “venir e ver” (Jn 1,39), los discípulos habían oído al Bautista decir que él, que pasaba de largo, era el “cordero de Dios” (Jn 1,29.36). Porque Jesús contó con un testigo fidedigno previamente, pudo darse que dos discípulos, “aquél día” (Jn 1,39) quisieran quedarse con él. *Testimoniar a Jesús precede e hace posible el seguimiento...*, pero – y no hay que olvidarlo – no siempre el testigo primero se convierte en seguidor. Tal fue el caso del Bautista.

Discípulos que nacen del testimonio se convierten inmediatamente, a su vez, en testigos, tras una breve convivencia con él. *La primera comunidad de discípulos no surgió tras la invitación de Jesús, sino de un testimoniarlo repetidas veces.* Más aún, nacido del testimonio, el discipulado crece en él y mediante él. El día en el que el Bautista vio a Jesús y dio testimonio a su favor, dos de sus discípulos marcharon tras Jesús. El día siguiente, uno de ellos, Andrés, llevó a Simón, su hermano, hasta Jesús. Un día después, Felipe, un paisano de ambos hermanos, ganó a Natanael tras superar sus lógicas dudas recurriendo a las palabras de Jesús: ‘ven y verás’. Encontrándose con Jesús por vez primera y, al saber que ya lo conocía tan bien, Natanael lo confiesa como hijo de Dios y rey de Israel. Y logra, el último en llegar, arrancar de Jesús una estupenda promesa: *veréis cosas aún mejores, los cielos abiertos, a Dios y a sus ángeles morando sobre mí...* La fe de Natanael, que cierra un proceso, no es punto final del camino: se requiere mejor fe para ver cosas mejores; pero se promete a quien cree que las verá. Si los discípulos que rodean a Jesús les falta aún por ver lo mejor, ‘casa de Dios’, quiere decir su camino de aprendizaje no está aún terminado.

Y a esta fe mejor no llegarán los discípulos hasta que lleguen a Caná di Galilea, “donde estaba la madre di Jesús” (Jn 2,1.11). *María se encontraba ya, donde encontrarán la fe los seguidores de Jesús.* Aunque la presencia de María no sea central en el relato, su rol no es simple decoración; estuvo allí donde se celebra la fiesta, antes que Jesús y los suyos; se dio cuenta de que la alegría estaba amenazada por una creciente escasez de vino; fue ella quien advirtió a Jesús de lo que ocurría; y fue ella quien, rechazada de plano su pretensión, convenció a los servidores a que obedecieran ciegamente a su hijo. Gracias a su confianza total y a la obediencia de la servidumbre, Jesús anticipó la hora y sus seguidores creyeron en él. A Caná llegó Jesús con un grupo de discípulos (Jn 2,2); de Caná salió Jesús hacia Cafarnaún (Jn 2,13), circundando de su madre y sus hermanos y de discípulos creyentes (Jn 2,12). La fe es el origen de su nueva familia (cf. Mc 3,31-35).

El testimonio que precede el seguimiento

Difícilmente Jesús podrá ser seguido, si su llegada no es precedentemente anunciada. Antes de que apareciera Jesús, llegó el Bautista; antes del evangelizador, “vino el testigo..., para que todos creyeran por medio de él” (Jn 1,7). La voz en el desierto (Jn 1,23) precedió a que la Palabra acampase entre los hombres (Jn 1,14).

En el cuarto evangelio, el Bautista no anuncia, propiamente, el día del Señor ni llama a la conversión (Mt 3,1-10; Mc 1,2-6; Lc 3,1-6); da testimonio a favor de Jesús; no evangeliza a todos, testifica ante algunos. Ausente todavía Jesús, se ve obligado a testimoniar; viniendo Jesús hacia él, lo presenta a sus discípulos. Cuando lo hace (Jn 1,29), ya había dado testimonio antes sacerdotes y fariseos antes (Jn 1,19) y después, ante fariseos (Jn 1,24). Y durante dos días, identificó para sus discípulos a Jesús, que en ese momento pasaba cerca, como el cordero de Dios (Jn 1,29.36).

Interrogado por los emisarios de las autoridades de Jerusalén, el Bautista da un doble testimonio; primero, dice lo que no es para identificarse a continuación con lo que debe ser y dar razón de cuanto está haciendo. El testigo que ha de identificar ante sus contemporáneos a Jesús ha de tener el coraje de *confesar y no negar* su propia identidad, por más que no responda a lo que de él piense o espera el pueblo: *no es el mesías, ni Elías, ni un profeta* (Jn 1,20-21). El testigo que está por identificar a Jesús se identifica a sí mismo como *un grito en el desierto*, que, por no ser más que eso, cumple la profecía de Dios (cf. Ml 3,23-24); cuanto hace, bautizar con agua, añade, anuncia la presencia de Jesús. El testigo de Jesús no es Jesús, ni aspira siquiera a ser su digno servidor (Jn 1,27: indigno de *desligar sus sandalias*). Para dar testimonio del Jesús ausente, el testigo no debe presentarse según las expectativas – aunque sean las mejores – de su pueblo, sino realizando las promesas de su Dios.

Quien se identifica como Dios lo quiere y no como piensa sus destinatarios, llega a ser testigo fiel de Cristo, también cuando él está ausente; logrará identificarlo, cuando se haga presente. *Viéndolo venir* un día (Jn 1,29), *mirándolo fijamente mientras pasaba cerca* el día siguiente (Jn 1,36), el Bautista identificó a Jesús como cordero de Dios. El testimonio no es siempre idéntico: si Jesús no está presente, debe ser anunciado; si ya es *uno en medio de vosotros*, deberá ser identificado. Sólo así podrá ser seguido.

Un discipulado que nace del testimonio compartido

Nos podremos sorprender, pero el hecho es que, en el cuarto evangelio, Jesús no puso mucho empeño en “llamar” a nadie. De los seis primeros discípulos, sólo invita explícitamente a uno, Felipe (Jn 1,43); los demás “van a ver”, es decir, se presentan a Jesús *gracias al testimonio de otros*. Antes de que Jesús dé testimonio de sí, prometiendo que verán cosas extraordinarias (Jn 1,51), habrá toda una serie de testigos a su favor que favorecerán el crecimiento de seguidores: el Bautista (Jn 1,36), Andrés (Jn 1,41-42) y Felipe (Jn 1,43-46).

Para que Jesús sea seguido, son necesarios, pues, testigos que despierten en otros curiosidad e interés en ver a Jesús. Si no hubiera sido porque el Bautista se fijó en Jesús, y por dos (Jn 1,29.35), mientras pasaba de largo, no hubiera sido posible que alguien lo encontrara. Para que uno lo pueda ver, ha de haberlo visto ya su testigo. Y si no se va a ver a Jesús (Jn 1,39-46), Jesús no podrá “fijar su mirada” en nadie (Jn 1,42.46.48). Para llevar discípulos a Jesús, de debe haberlo encontrado, saber dónde habita y haberse quedado “algún día” junto a él. (Jn 1,39). No parece

verdad, pero es lo que cuenta Juan: la mayor parte de los primeros seguidores de Jesús no fueron por él elegidos, ni siquiera invitados, llegaron a él acompañados por quienes lo habían encontrado antes y acompañado unos días. Fueron los primeros compañeros de Jesús, poco a poco, los verdaderos ‘fundadores’ del discipulado.

Más aún, y ello no es menos significativo, los hombres que se acercaron a Jesús, estimulados por la propaganda de quienes lograron reconocerlo de entre una multitud sin rostro, *fueron a Jesús de dos en dos*, acompañándose recíprocamente. Posiblemente sin percibirse de ello, sin quererlo, hicieron el camino hacia Jesús juntos. Se hicieron compañeros de viaje, antes de acompañar a Jesús en su casa y en el camino. Antes de encontrar a Jesús, tuvieron que encontrarse como próximos, hermanados por la búsqueda de Jesús. Se nos ofrece, de nuevo, un criterio de garantía para que nuestra “pastoral vocacional” cumpla con su objetivo: solo nadie se encuentra a Jesús. Al Dios que viene hacia nosotros hay que llegarle yendo acompañado de todos los que van hacia Jesús. Formar comunidad, comunidad de búsqueda no aún de fe, en nuestro camino es hacer ya la mitad del camino y, sobre todo, da la certeza de llegar a meta: encontrarse con quien es Dios-con-nosotros.

Una comunidad de vida que nace de la fe..., donde se encuentre María

El nacimiento del grupo de discípulos surgió de un invitación de Jesús, “venid y veréis” (Jn 1,39), dirigida a los dos primeros y se concluyó con la promesa de Jesús hecha a todos: *‘en verdad os digo, veréis el cielo abierto...’* (Jn 1,51). Convertidos en seguidores ya de Jesús, aún no creen en él; pero con él se quedan y lo acompañan a Caná, en donde estaba María.. y había una gran fiesta. Los discípulos en Caná, al parecer, no hicieron nada importante, salvo que, apenas llegados (Jn 2,2) se acabase el vino (Jn 2,3). El evangelista, de hecho, no los menciona más que al inicio (Jn 2,2) y al final del episodio (Jn 2,11-12).

Ello no obstante, lo que cuenta Juan es digno de tenerse en cuenta. Algo grande sucedió: *fueron con Jesús donde estaba la madre de Jesús* (Jn 2,1-2); saldrán con Jesús hacia Cafarnaún, *junto con su madre y sus hermanos* (Jn 2,12). Jesús les había llegado a una fiesta familiar con su propia familia, para que llegaran a ser de su familia, después de haber visto su gloria y creído en él. Quienes fueron con Jesús de convirtieron en creyentes, porque le siguieron no al desierto sino a una casa donde se celebraba el amor humano y se bebía vino. Una fiesta nupcial – y la alegría con ella relacionada – fue cuna de la fe de los discípulos. No significará nada que la fe del discípulo haya sido posible durante la celebración de una boda? El gozo que nace de festejar el amor humano es connatural a la fe en Jesús de su seguidor. Por qué, si no, habría llevado Jesús a sus discípulos a unas bodas?

Pero la de Caná, no era una boda cualquiera: allí estaba la madre de Jesús. Su presencia, mejor, sus intervenciones, fueron decisivas para que Jesús anticipara la hora de su manifestación “dando así inicio a sus milagros” y haciendo posible a sus secuaces la fe (Jn 2,11). Nadie, excepto ella, se percató de la falta de vino; nadie, excepto ella, se atrevió a decírselo a Jesús; nadie, excepto ella, tuvo que arrostrar el neto rechazo de su hijo; nadie, excepto ella, pensó en los domésticos, cuya ‘ciega’ obediencia – tuvieron que llenar de agua las tinajas y llevarlas al mayordomo, que, al probarla, apreció la cualidad del vino – venció la lógica resistencia de Jesús.–

Sin la madre de Jesús la fiesta nupcial en Caná habría sido una desgracia, la alegría de los invitados se habría disipado inesperadamente, la hora de Jesús no habría sido

anticipada, los discípulos no habrían llegado a la fe en Jesús ni serían parte de su familia.

3. CONCLUSIÓN

El *relato joánico de las primeras vocaciones* (Jn 1,35-51) es anterior a la misión pública de Jesús (cf. Mc 1,14-19). El dato es sorprendente y está, además, en contradicción con la versión sinóptica: desde el primer momento, antes incluso de que llegue su hora, Jesús está acompañado de seguidores. Aunque sea de forma implícita, el cronista nos está diciendo cómo era necesario para Jesús estar rodeado de discípulos; Jesús no podrá darse a conocer, si no cuenta ya con hombre que lo conocen, porque se han quedado con él “algún día”.

No es indiferente que la primera vez que se afirma que los discípulos creyeron en Jesús sea tras un narrar, y dos veces, que habían pasado un breve período de convivencia con Jesús (Jn 1,38; 2,11); ni lo es que la última palabra de Jesús en el evangelio sea una bienaventuranza para el discípulo que crea sin necesidad de haber visto (Jn 20,29). El cuarto evangelio, podríamos aventurar, es la crónica de la ‘larga marcha’ de unos hombres en búsqueda de Jesús: iniciaron queriendo saber dónde habitaba (Jn 1,38) y acabaron por comprender que no era necesario tenerlo cercano y tocarlo para creer en él (Jn 20,17-29).

Esta ‘larga marcha’, que es el discipulado de Jesús ha estado originado por *el testimonio personal* del Bautista que ha tenido el valor de disociarse de las expectativas de su pueblo e ha identificado a quien las realizaba. Ha estado mantenido con *el repetido testimonio de cuantos se acercaron a Jesús*, se quedaron con él un tiempo y condujeron hasta él a amigos y familiares. Ha acabado cuando Jesús llevó a sus seguidores a unas bodas, donde estaba María. En resumen, Jesús ha podido convocar en torno a sí unos discípulos porque, primero, ha sido objeto de testimonio, no de negación; ha logrado formar un grupo de seguidores porque, entre ellos, se han animado a ir a verlo. Ha podido adelantar su primer milagro y hacer creyentes a sus seguidores porque los ha llevado donde estaba su madre.

Para iniciar el seguimiento, bastó sentir curiosidad por Jesús y quedarse con él algún día. Para creer en él fue preciso, sí, ver cosas estupendas – el agua abundante convertida en el mejor de los vinos –, no la promesa – los cielos abiertos y al hijo del hombre –, estando junto a María. Pero para ir donde estaba María y hacerse familia suya, fue necesario dejarse conducir por Jesús donde él los llevara.

Roma, 27 diciembre 2010.